

LA REINA PRISIONERA

CARLOS HIGUERA CARRO
2º E de BACHILLERATO

Parece que la soledad tiene que ser una constante en mi vida; no sé si podría librarme de esta angustia que me oprime y que llega hasta mis ojos en forma de llanto hasta confundirme con este río inmenso que se traga todas mis lágrimas. También he de decir que gracias al Duero mis sueños aún están intactos, son lo único que me queda, soñar con una libertad que me arrebataron a pesar de que debería ser la mujer más poderosa del mundo. Malquerida por todos los hombres de mi vida, primero mi esposo, después mi padre... Ahora mi hijo, sediento de poder y batallas.

Aquí estoy, como una persona olvidada de todos, quizá digan que estoy loca, lo cierto es que lo estoy cuando me conviene ¿Por qué no debería estarlo? Si todos han conspirado para anular mi poder y mi voluntad, me han encerrado, me aislan, me golpean, me amenazan y me insultan. Me hago la loca y lo seguiré haciendo, me apetece que todos digan que la locura es la razón de mi existencia, no pienso dar mi brazo a torcer, al fin y al cabo, en la locura es el único lugar en el que puedo mantener mi voluntad intacta.

De todas formas, aquí siempre es de noche, me mantienen en un cuartucho en el que no puede entrar la luz del día, hasta pasear por el jardín es un sueño que no me permiten. ¡Cuánto daría por sentir los rayos de sol en mi piel, que mis manos pudieran sentir el tacto y frescura de las plantas, que mis pies pudieran rozar la hierba. Todos esos placeres los reservo dentro de mí, en mi imaginación y en mis sueños. Por más que se empeñen, solo mi cuerpo es prisionero, mi mente cabalga entre los pinares y navega por los mares más azules. Aprovecho mi libertad interior para vivir como me hubiera gustado. Sigo enamorada de la vida, de mi esposo, de la música, de la poesía, de Castilla, de los campos abiertos y de los cielos azules. Por mucho que mis guardianes se empeñen, nadie puede apresar la libertad que siento.

No digo que no sufra, los momentos de dolor son muy intensos, la agonía crece en mi pecho tanto como las ansias de soñar. Cuando llega la noche las dos sensaciones se pelean entre ellas, como dos guerreros encarnizados en una batalla singular por una plaza más. Los hombres todo lo solucionan guerreando, las guerras son su forma de ser y pensar, no les importa que sus mujeres se queden esperando su regreso, entre lloros y angustia que no cesan hasta que sus hombres vuelven de la guerra.

El caso es que por una guerra de poderes me encerraron en estas cuatro paredes, privándome de respirar el aire limpio o de sentir la lluvia fresca en mi cara. Mi marido y mi padre, mi padre y mi marido... Después mi hijo, el gran emperador, en sus territorios nunca se pone el sol. Eso dice él, lo que calla es que la mayor parte de esos territorios son míos, solo míos, él es solo un usurpador.

Noto que voy de la libertad a la prisión y de la prisión a la libertad. Por mucho que se empeñen no dejo de ser reina, Juana I de Castilla, esa soy yo. Tuve una educación esmerada, aprendí música, latín, baile, varias lenguas y las normas de la corte, mi madre se empeñó en que nuestra educación fuera completa, no dejaré de añorar los viajes a los que acompañábamos a nuestros padres, una corte itinerante que nos permitió conocer todos esos lugares en los que Los Reyes Católicos gobernaban, manejaban con mano de hierro sus dominios y concentraron en sus manos el poder de la corona. Mi madre, Isabel, también tuvo algunas salidas de tono a causa de los celos, mi padre nunca consideró que tuviera que guardar fidelidad a su esposa, al menos, no más allá de la estrictamente política. La reina tenía gran poder, con un carácter poderoso con el que jamás permitió que nadie pusiera en duda sus decisiones, quizá haya sido eso lo que a mí me faltó. Me cegó tanto el amor que jamás osé contrariar a Felipe, ese hombre que quiso utilizarme para conseguir sus fines, para ello, no dudó en anular mi voluntad con castigos inimaginables para una esposa regia.

Lo quería todo, absolutamente todo, incluidos mis reinos, por eso estoy convertida en una reina cautiva, he molestado siempre, me pregunto si mi encierro se debe al temor que muchos han tenido a perder su poder. Solo se encierra a aquellos a los que se teme. Mi hijo se ha preocupado de que se acallen mis palabras, de que nadie sepa lo que ocurre en este palacio real en el que se me humilla a diario, mi guardián me priva de todo, pero no de los golpes y de las vejaciones. A veces mi única defensa es negarme a comer, sé que eso le molesta, también les preocupa que no rece o que no me asee... Pero ¿De qué me sirve asearme? Nadie me visita, nadie me habla, nadie me escucha... Incluso la servidumbre me insulta con la palabra “loca”, si, pensad que estoy loca, poco me importa, tampoco me importa que la falta de confesión y de rezos les incomode, no es por mi alma... Es por la suya, seguro. Que me llamen loca es lo de menos, lo que no soporto es que me quieran imponer su voluntad, si no se respeta la voluntad de la reina, yo no respeto la voluntad de los otros. Mi rebeldía no es locura, es cordura, dentro de mí reniego de lo injusta que ha sido la vida conmigo, lo injustos que han sido los hombres, incluso lo injusto que es que una princesa tenga que aceptar un destino incierto de casarse con alguien que no conoce como mercancía de cambio. Yo quise a Felipe, sí, pero eso fue lo que acabó con mi vida. Parece que el amor no siempre es bueno, para mí ha sido tan destructor como una enfermedad, incluso aún le quiero y su recuerdo me arrastra hasta él todos los días.

Veintinueve años tenía cuando me encerraron en este palacio, mi vista solo puede vagar por este paisaje, mi único consuelo ha sido Catalina, mi niña, la que ha compartido conmigo esta prisión,

también me la arrebataron para casarla con el rey de Portugal... Todo me fue arrebatado, todo menos mi voluntad de vivir hacia mi interior, hacia mis recuerdos, hacia mi intensa vida solo mía. Que me sigan llamando loca...

También tuve varias visitas de mi hijo Carlos, después de su última marcha me dí cuenta de que me había robado, sí, mi propio hijo me privó de mis bienes, en un hermoso baúl mantenía mis joyas, mis telas, mis recuerdos más preciados... Carlos se lo llevó todo, todo... En el baúl hizo colocar ladrillos de adobe, para que yo no me diera cuenta de la falta hasta que él estuviera muy lejos, tenía que comprar las voluntades de muchos nobles para conseguir su imperio... Me da pena... Mucha pena, ¡robar a su madre! Todo sea por la grandiosidad de su nombre.

Mi nieto Felipe también vino a visitarme en alguna ocasión, recuerdo que la primera vez le acompañaba su joven esposa embarazada de su primer hijo, otra pobre niña sacrificada por una alianza entre reinos.

Espero que el tiempo guíe a los hombres para hacer una vida más justa, aunque el pueblo entero de Tordesillas quiso hacerlo una vez, salieron a las calles para exigir un buen trato hacia su reina, hacia mí. Todos ellos fueron reprimidos por mi guardián, buen cumplidor de las órdenes de mi hijo, el gran emperador. Espero que todos los atropellos cometidos por mi primogénito le hayan aprovechado para su bien.

Aquí estoy, a oscuras, rememorando mi vida y mis emociones, mis pensamientos y mis sentimientos, la única vida que me queda. Solo me tengo a mí misma, solo puedo contemplar el río Duero, solo él es cómplice de mis miradas y de mis palabras. ¡Cuántas veces he soñado con tener alas y llegar hasta los chopos que lo bordean! De esos sueños nadie puede privarme, nadie será capaz de amurallar mi imaginación, mis ansias de libertad, mis risas, mis lágrimas.

Sí, que me llamen loca cuando sueño, imagino, me escapo con mis alas, río o lloro. Que me sigan llamando loca mientras yo pueda seguir sintiendo, lo que sea, nadie será capaz de acallar mis palabras ni mis emociones. Quiero que todos piensen que estoy loca para poder reír a carcajadas y gritar cuanto se me antoje, es lo único que quiero a estas alturas de mi vida. Estoy muy cansada...